

El aislamiento es la ley de las relaciones internacionales en la antigüedad. Los sentimientos hostiles que la vanidad y la ambición produjeron entre Griegos y Romanos, fueron en Cartago fruto del temor y de la envidia. Todo extranjero era un enemigo para los Cartagineses, porque todo comerciante era un competidor; y en el comercio, lo mismo que en las conquistas, la rivalidad y la hostilidad son inseparables. Los Cartagineses tenían fama por sus costumbres inhospitalarias (1). Su reputación estaba tan bien fundada, que *Virgilio* atribuyó su origen á los fundadores de la ciudad fenicia. Los compañeros de Eneas son arrojados por los vientos á las costas de África; en lugar de acoger á los desgraciados naufragos, se los rechaza, se acude á las armas, se trata de quemar sus barcos; Dido ciertamente los tranquiliza; pero *Vénus* sigue temiendo para Eneas la dudosa benevolencia de la reina y de los tirios sin fe (2).

Se encuentran, sin embargo, entre los Cartagineses algunos rastros de relaciones hospitalarias, tales como las veremos organizadas entre los Griegos y los Romanos (3). Este era para los comerciantes casi el único medio de ponerse á cubierto de las violencias en los puntos donde traficaban, porque en la antigüedad el extranjero carecía de derecho. Las repúblicas griegas establecieron en las ciudades con las cuales tenían relaciones comerciales una especie de cónsules encargados de la noble misión de proteger á sus conciudadanos. Hay inscripciones que nos dicen que esta institución existía también entre los Fenicios y los Cartagineses. El mejor medio de conseguir el apoyo de los demás Estados era dar seguridad á los extranjeros en su inmenso imperio. Cartago les ase-

(1) STRAB., lib. XVII, p. 552.

(2) AENEID., I, 525, 539-543, 661.

(3) Un mercader de Cartago forma el asunto de una comedia de PLAUTO: lazos de hospitalidad le unen á un ciudadano romano; encuentra un protector en el hijo de su huésped (POENUL., V, 2, 85). Una inscripción griega, copiada por MÜNTER (*Die Religion der Karthager*, p. 135 y sig.) hace constar las relaciones hospitalarias contraídas por Cartagineses: es probablemente una de esas señales que se llamaban *tessera hospitalis*. HERODOTO dice que la amistad que existía entre Amílcar y Terillo, tirano de Himera, arrastró al general cartaginés á tomar el partido de su huésped cuando éste fué expulsado por los Agrigentinios (HEROD., VII, 165).

guraba ciertamente la protección de las leyes (1), pero este apoyo interesado era una débil garantía contra la injusticia; cuando el interés del Estado lo exigía, no retrocedían ante el despojo. La historia ha conservado un ejemplo notable. Los mercenarios reclamaban su sueldo y el Tesoro estaba exhausto: entonces el Senado ordenó que los ciudadanos dieran á conocer las reclamaciones que tuvieran contra las ciudades ó personas extranjeras; no escasearon las reclamaciones: bajo este pretexto apresaron los barcos de los comerciantes y vendieron su cargamento; más tarde el Estado indemnizó á los que habían sido injustamente despojados. Estos procedimientos se parecen más á la piratería que á la justicia. En realidad los Cartagineses practicaban la piratería; el bandolerismo marítimo era considerado como un comercio lícito (2).

Tales son los rasgos característicos del derecho internacional cartaginés. Su política es de ávidos comerciantes; para excusarlos puede decirse con *Heeren* que la posición de Cartago exigía el más riguroso monopolio. Necesitaba de los productos de la Cerdeña y del África para sostener sus numerosos ejércitos: traficaban con Bárbaros, á los cuales daban bagatelas á cambio de objetos de gran valor; tenían, pues, el mayor interés en alejar toda concurrencia. Si comparamos la política de Cartago con la de la Europa moderna, tal vez nos inclinaremos á ser indulgentes. «Hay poca diferencia, dice *Sainte-Croix*, entre ahogar á los negociantes extranjeros y sepultarlos en las ruinas, como lo han hecho muchas veces los Españoles. Los Holandeses no han tratado mucho mejor á los habitantes de las Molucas, que los Cartagineses á los de Cerdeña» (3). Los pueblos comerciantes se creen autorizados para todo lo que les asegura un monopolio ventajoso; sin embargo, á pesar del espíritu antihumano que anima á los estados comerciantes, son un lazo entre las naciones; la fuerza de unión que Dios ha

(1) Anibal, refugiado en la corte de Antíoco, envió á Cartago un Tirio para asegurarse de las disposiciones de sus conciudadanos. Algunos senadores quisieron que se le detuviese como espía, pero la mayoría sostuvo que detener extranjeros sin pruebas sería dar un mal ejemplo; que los Cartagineses estarían expuestos á las mismas afrentas en los mercados adonde iban en tan gran número (LIV., XXXIV, 61).

(2) HEEREN, t. IV, p. 172.—POLYB., I, 20, 7; I, 56, 2.

(3) SAINTE-CROIX, *Del estado de las colonias*, p. 44.

puesto en el comercio es más poderosa que las malas pasiones de los hombres. Las relaciones comerciales unirán un día á todas las partes del mundo. ¿Qué pueblo ha tomado en este gran trabajo más parte que los Cartagineses?

* § II. — Comercio.—Colonias.—Viajes.

N.º 1. — Comercio.

El comercio de Cartago era inmenso. Los productos de su suelo y de su industria formaban su materia principal. El Africa, la Cerdeña y las islas del Mediterráneo daban trigo, esclavos, vinos, frutos, ricos metales ó piedras finas; la ciudad y las colonias daban productos manufacturados, especialmente ricas telas, que competían con las de Fenicia; los Cartagineses iban á las más lejanas tierras en busca de objetos raros para surtir al mundo entero (1). Sus navíos iban en gran número á los puertos de Egipto: allí comunicaron á Herodoto los comerciantes de Cartago las noticias acerca del comercio interior del Africa. Las relaciones con su metrópoli los atraían á las costas de la Palestina y de la Fenicia. Por grande que fuese su antipatía hácia la raza griega, no dejaron nunca de mantener relaciones con la Grecia. Dominaban en las islas del Mediterráneo, sus barcos frecuentaban todos los puertos de Italia; desde la más remota antigüedad estaban en relacion con los Etruscos y con los Romanos. Los mercenarios galos que aparecen en sus ejércitos suponen comunicacion continua con los pueblos de las Galias (2). La España fué el punto principal de su comercio y más adelante de su poder. Sus atrevidos navegantes llegaron más allá de las columnas de Hércules. En el Norte de Europa los Cartagineses se aprovecharon de los establecimientos

(1) HEEREN, Sec. I, c. 5.

(2) La inscripción fenicia encontrada en Marsella en 1846 prueba que existía en la colonia focense, hácia el siglo V antes de la Era Cristiana, un contador fenicio ó cartaginés (DE SAULCY, en la *Revue des deux mondes*, 1846, t. IV, página 588-590).

fenicios, tanto más ventajosos cuanto que eran ignorados por el resto del mundo.

¿Hasta dónde llegaron estas relaciones? No podemos responder con seguridad á esta pregunta. Los Cartagineses, lo mismo que los Fenicios, tenían gran cuidado de que las comarcas lejanas adonde iban á buscar los objetos más raros de su tráfico, quedasen ocultas en profunda oscuridad. Un capitán de navío que navegaba con rumbo á Bretaña, viéndose seguido por un barco romano, tomó sus medidas para salvar su tripulacion, y luégo puso la proa á un banco de arena, donde encallaron ambos barcos (1); al volver á su patria los Cartagineses lo colmaron de honores y recompensas. Está averiguado que los Fenicios y los Cartagineses se establecieron en las islas británicas. Es probable que fuesen á buscar el estaño á las islas Sorlingas y el ámbar á las costas del Quersoneso címbrico (2). El comercio del ámbar tiene una grande importancia para las relaciones internacionales. El ámbar pasaba de pueblo en pueblo á traves de la Germania y del país de los Celtas hasta la doble vertiente de los Alpes, á orillas del Pó, ó hasta Boristenes, á traves de la Panonia. Este comercio fué el que por primera vez puso en relacion las costas del mar del Norte con el Ponto Euxino y con el mar Adriático. El hecho, dice Humboldt, es digno de observacion; demuestra lo que puede el gusto por un sólo producto para establecer entre los hombres comunicaciones frecuentes y dar á conocer las más apartadas regiones.

No debemos á los Cartagineses el conocimiento que tenemos de su comercio con Africa; Herodoto fué quien descubrió el secreto. Cartago mantenía constantes relaciones con el interior del Africa, por medio de las tribus á quienes la naturaleza del suelo ha hecho nómadas. La desgraciada Africa era ya entonces explotada, como lo es hoy aun para vergüenza de la Europa cristiana en el siglo XIX. Los esclavos eran uno de los objetos principales del tráfico

(1) STRAB., lib. III, fine.

(2) HEEREN dice que los Fenicios sacaban ámbar de las costas de Samland.—VOSS (*Alte Weltkunde*, p. XXXIII) cree que el ámbar provenia del Quersoneso címbrico. El sabio geógrafo UKERT se ha decidido en favor de esta opinion (*Zeitschrift für die Alterthumswissenschaft*, 1838, números 52-55).—HUMBOLDT, adoptándola (*Cosmos*, t. II, p. 154, 487), le ha presado nueva autoridad.

de los Cartagineses; se servían de los esclavos para la agricultura, para las obras públicas, para el servicio de las flotas; los vendían al extranjero. Ya en la más remota antigüedad los Africanos habían llegado á ser un mueble de lujo: los Garamantas daban caza á los hombres de la misma manera que el sultan de Fezzan, segun las relaciones de los viajeros modernos. Las sábias investigaciones de Heeren permiten reconocer los caminos que seguían las caravanas; se han conservado idénticos hasta nuestros días: la naturaleza, creando en el desierto los oasis, ha fijado su dirección invariable (1). Heeren cree que los comerciantes de Cartago penetraron hasta el Níger. Debemos á Herodoto el conocimiento del tráfico del oro que hacían los Cartagineses en las costas del Senegal; se conciben las precauciones que tomarían para ocultar aquella fuente de riqueza; divulgaron la opinión de que el mar, cubierto de yerbas y lleno de escollos, era impracticable en aquellos parajes. Es menester leer en el padre de la historia la interesante narración del comercio de los Cartagineses con las tribus africanas; por mucho tiempo se ha acusado de credulidad al ingénuo historiador, pero los viajeros modernos dicen que hoy tiene lugar todavía un tráfico semejante en las comarcas regadas por el Níger (2).

N.º 2. — Colonias.

Así las relaciones comerciales de los Cartagineses se extendían á las tres partes del mundo. La naturaleza y la extensión de aquel comercio necesitaban un vasto sistema de colonización. Ningun Estado de la antigüedad ha poseído tan numerosas colonias. Pero el mismo misterio que cubre la navegación de Cartago oculta también sus establecimientos comerciales. Éstos cubrían las costas de África hasta las columnas de Hércules. La rivalidad de los Griegos, de los Etruscos y de los Romanos alejó á los Cartagineses de las Galias y de Italia. En España entraron siguiendo las huellas de los Fenicios; Cartagena rivalizó con la madre patria. Por las

(1) HEROD., III, 181, 185.—HEEREN, sec. I, c. 6.

(2) HEROD., IV, 196.

costas del Océano, tanto en África como en Europa, los Cartagineses se extendieron cuanto quisieron; no tenían que temer la competencia. ¿Hasta dónde penetraron? Se ignora; un pasaje de Diodoro (1) ha hecho conjeturar á Heeren que ocuparon la isla de la Madera. Daban tal importancia á la posesión de esta isla, dicen, que prohibieron la entrada en ella á los extranjeros y exterminaron á los antiguos habitantes: si alguna vez sucumbía su patria esperaban fundar una nueva Cartago en Madera (2).

Las colonias cartaginesas, lo mismo que los establecimientos de los Fenicios, estaban fundadas con un fin comercial; estuvieron siempre en tan estrecha dependencia de la metrópoli, que ninguna de ellas trató de emanciparse de su dominio. Servían de factoría al comercio: el monopolio más absoluto era la ley de sus relaciones con la madre patria (3). Detenidas en su libre desenvolvimiento, las colonias de Cartago no alcanzaron nunca un grado eminente de prosperidad. Las ciudades griegas presentan un espectáculo muy diferente: Agrigento y Siracusa han adquirido una celebridad histórica, al paso que apenas son conocidos los nombres de las ciudades fenicias sometidas por los Cartagineses á su dominación dura y celosa. El sistema colonial de Cartago pudiera compararse con la política de Roma. Los Romanos también mantenían á sus colonias en completa sumisión; pero la alta ambición del pueblo rey ennoblece hasta los medios de que se servía para satisfacerla. En Cartago nunca encontramos más que un solo móvil, el deseo del oro. Las colonias cartaginesas no desempeñan en la historia de las relaciones internacionales otra misión más que la de Cartago; establecieron relaciones materiales entre los pueblos, y aún éstas no muy importantes, porque la madre patria cuidaba de ocultar su existencia al resto del mundo.

(1) DIODOR., v, 19, 20.

(2) ARISTOT., *De Mirabil.*, c. 85.—HEEREN, t. IV, p. 113-115.—HUMBOLDT ha tratado con detalle la cuestión de saber si los Cartagineses han conocido las Canarias (*Exámen crítico de la Geografía*, t. I, p. 103-139; t. II, p. 158, 169; tomo III, p. 137-140); se decide por la afirmativa.

(3) HEEREN, t. IV, p. 103 y sig., 177.

N.º 3.—Viajes.

¿Ha utilizado Cartago su poder marítimo en viajes de exploración? Las naciones comerciantes de la antigüedad no desempeñan más que un papel secundario en la historia de los descubrimientos geográficos; los conquistadores son los que abren el mundo á las miradas de sus habitantes. La navegacion de los Fenicios y de los Cartagineses por el Norte de Europa apenas dió á conocer aquellas lejanas tierras; fué necesaria la espada de César para rasgar el velo que las cubria. Si algun pueblo se ha encontrado en condiciones para aumentar sus conocimientos del universo, han sido los Cartagineses. Situados en la orilla de un inmenso continente aún desconocido, extendiendo su navegacion hasta los extremos de la Europa y del África, hubieran podido explorar estas dos partes del mundo. Disponian de fuerzas numerosas: en el combate que abrió á Régulo el camino del África pelearon por la reina de los mares 350 galeras armadas con 150.000 hombres (1). La historia no presenta ejemplo de flotas tan considerables; eran dignas de luchar por el imperio del mundo. Supóngase una marina mercante en preporcion con la marina militar, y se tendrá una idea del poder de los Cartagineses. No se ve, sin embargo, que los haya animado el espíritu de aventura que impulsó hácia nuevos mundos á los Portugueses y á los Españoles. ¿Reconocerá esto por causa lo imperfecto de la navegacion, ó es que el espíritu egoísta de los comerciantes de Cartago esterilizó hasta los descubrimientos debidos al afán del lucro ó á la causalidad? Hemos hablado de la circunnavegacion del África llevada á cabo por los Fenicios; acaso aquellos atrevidos navegantes eran cartagineses, porque los autores antiguos confunden bajo el mismo nombre á los colonos y á sus antecesores. En todo caso los Cartagineses tuvieron conocimiento de aquella memorable empresa; es posible que el interés que excitó promoviera las expediciones de Hannon é Himilcon.

(1) POLYB., I, 25, s.—APPIAN., VIII, 96.

Hannon recibió el encargo de navegar más allá de las columnas de Hércules y de fundar colonias en las costas de África. Himilcon se dirigió hácia el Norte y exploró las costas occidentales de Europa. El viaje de Hannon ha suscitado las mismas dudas que la circunnavegacion del África; sin embargo, hay un monumento casi auténtico que demuestra su realidad. Hannon perpetuó el recuerdo de su expedicion por medio de una inscripcion depositada en un templo; poseemos su traduccion griega bajo el título de *Periples de Hannon*. Extraviado por la idea de que la tierra no es habitable bajo la zona tórrida, Estrabon desechó esta narracion como fabulosa. El célebre viajero Bougainville (1) ha demostrado que los detalles del Periples están en completa conformidad con los descubrimientos modernos. Sin embargo, sigue la duda respecto de la fecha y los límites de la expedicion. Es probable que Hannon emprendiera su viaje cinco siglos ántes de Jesucristo (2). Segun Gosselin el navegante cartagines llegó hasta Cabo Noun (3); pero es sabido que el sabio geógrafo trata de limitar en lo posible los conocimientos geográficos de los antiguos; está casi averiguado que Hannon pasó de Cabo Verde (4). ¿Cuál fué el resultado de estas expediciones? ¿Resultó alguna ventaja para el comercio ó para la ciencia? El espíritu de monopolio y de egoísmo que inspiraba á los Cartagineses, lo mismo en sus viajes de exploracion que en su comercio, impidió que sus descubrimientos fuesen provechosos para la humanidad. Sin la activa curiosidad de Herodoto no conoceríamos ni aún la existencia de su tráfico con los pueblos africanos. El Periples de Hannon ejerció tan poca influencia en las relaciones internacionales y en el conocimiento de la tierra, que el más gran geógrafo de la antigüedad lo consideró como una fábula.

No hemos tratado de disimular los defectos de la raza fenicia.

(1) *Memorias de la Academia*, t. XXVI, p. 10-45; t. XXVIII, p. 260-317.
 (2) BAEHR, en la *Real Encyclopædie der classischen Alterthumswissenschaft*, t. III, p. 1066.—KAUNGISSER, en la *Encyclopédie d'Ersch*, en la palabra *Hannon's Periplus*, p. 180.
 (3) GOSSELIN, *Investigaciones sobre la geografia de los antiguos*, t. I, página 99.
 (4) HUOT, nota 106 sobre Pomponio Mela.—HEEREN, t. IV, p. 352.—KANGIESSER, en la *Encyclopédie d'Ersch*.

Dura y envidiosa (1), lo mismo en Tiro que en Cartago, ha engañado a los historiadores, mientras estuvo encerrada en un pequeño espacio del Asia pero en el suelo africano sus malas pasiones se han desarrollado de una manera manifiesta. Es sanguinaria en su religión, cruel en la guerra, opresora en la paz. Todos los instintos bajos y tiránicos que encierra el espíritu mercantil se manifiestan en Cartago. En vano extiende sus relaciones por todo el universo; es impotente para preparar su unidad. Su dominación no se apoya en fuerzas reales; cuando el poder del oro llega á chocar con la virtud guerrera, la suerte de Cartago ha concluido. El comercio era demasiado egoísta en su origen para ser el lazo del mundo. En este sentido diremos con *Ciceron*: «No me gusta que un pueblo sea á la vez el dominador y el factor del universo» (2). Pero no olvidemos que el comercio representa la inteligencia: si en lo pasado ha dominado la fuerza brutal, el porvenir pertenece al pacífico comerciante. No pidamos desinterés á la infancia de los pueblos; se necesita un trabajo secular para desarrollar las facultades del hombre; solamente en el extremo límite de esa educación divina podemos vislumbrar una era en que el egoísmo y la hostilidad sean reemplazados por la asociación y la armonía; y aun este ideal, como todo lo perfecto, no se realizará más que dentro de los límites de la debilidad humana.

(1) PLUTARCHI, *Præcept. gerend. reip.*, III, 6: ἕτερον ἦθος τοῦ Καρχηδονίων δῆμον, πικρὸν, σκληρωτόν..... βαρὺ τοῖς ὑπερήκοις, ἀγέννηστατον ἐν φόβοις, ἀγριώτατον ἐν ὀργαῖς, κ. τ. λ.

(2) FESTUS, v, *Portitor*. La frase es de Escipion Emiliano.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
Prólogo de la segunda edición francesa.	4
INTRODUCCION.	
Capítulo I. El derecho internacional.	9
§ I. La idea del derecho en las relaciones de las naciones.	9
§ II. Influencia del Cristianismo y de los Germanos sobre la idea del derecho internacional.	45
§ III. El derecho de gentes como ciencia.	27
§ IV. El derecho de gentes natural y el derecho de gentes positivo.	32
§ V. La teoría del derecho de gentes.	34
Capítulo II. El derecho internacional de la antigüedad.	42
Sección 1. ^a — El hecho.	43
§ I. El derecho de guerra.	43
N.º 1. La guerra.	42
N.º 2. La guerra y la paz.	47
§ II. Las relaciones internacionales.	50
N.º 1. El aislamiento, ley de la antigüedad.	50
I.—El patriotismo de los antiguos.	52
II.—La hospitalidad.	55
N.º 2. El aislamiento interrumpido por la guerra, las colonias y el comercio.	58
I.—La guerra.	58
II.—Las colonias.	59
III.—El comercio.	64